

Que retumban los cañones,
 Que alzan humo las descargas,
 Que sangre, horrores y muerte
 El alma hieren y espantan.
 Tres veces la obscura noche
 Recogió tantas desgracias
 Y sus sombras del tirano,
 De las impotentes armas
 Miró el esfuerzo frustrado
 Y burlada la esperanza.
 Al fin el jefe decide,
 De las fuerzas de Santa Anna,
 Que la población se entregue
 Sin compasión á la llama.
 ¡Cuánto horror! ¡cuánto tormento!
 ¡Cuántos gemidos y lágrimas!
 Pero de Ciudad Victoria
 El claro nombre se alzaba
 En medio á los esplendores
 Puros de la heroica fama.
 Aprovechando el tumulto
 Garza abandona la plaza
 Sin que un hombre se rezague
 Ni un fusil pierda ni nada,
 Dejando sólo cenizas,
 Burla y afrenta á Santa Anna.

III.

MARCHA.

De Juan José los *tagarnos*
 A Monterrey se encaminan
 Donde atrevido á Cardona
 Vidaurri lo precipita,
 Y que ¡viva el plan de Ayutla!
 A Zayas unido grita.

Abril 19 de 1896.

RARO E INSPIRADO ROMANCE

DE UN CONDE FRANCÉS.

I.

GRAN NEGOCIO.

Relátase que en Sonora
 Hay con el nombre de minas
 Abismos de plata y oro,
 Que son de la tierra envidia;
 Y como muchos *carculan*
 De fácil esa conquista,
 Y á todos los mexicanos
 Creen de taparrabo y tilmas,
 No faltaron hombres serios
 Mezclados con buscavidas,
 Que al gobierno propusieran
 Opulentas compañías
 Con colonos laboriosos,
 Con industrias productivas,
 Tornando al desierto Estado
 En octava maravilla.
 Entre la gente de rumbo
 A quien Jeker patrocina,
 Descuella un Conde de Francia
 Que los negocios agita.
 Fantástico aventurero
 Que se impone, que domina,
 Y á quien acompaña tropa
 Que de custodia le sirvan.

II.

EL CONDE FRANCES.

Raouset de Boulbon, el Conde
 Era garrido, valiente,
 Seductor en las palabras,
 Y sus maneras corteses.
 Cuello erguido, rubio pelo,
 Semblante en que resplandecen
 Ojos que halagan sagaces,
 O que con enojo hieren.
 Filibustero en el fondo
 Disfraza sus intereses,
 Y con capa de comercio
 Busca lo que le conviene.
 Los soldados que le siguen
 Son veteranos franceses
 Que desde Africa vinieron
 Siguiendo á su ilustre jefe,
 Y con los que piensa al *yankee*,
 Si le perturba vencerle.
 A su negocio entregado,
 Digamos en lo aparente,
 A Levasseur su ministro,
 En su favor compromete,
 Y con Arista al principio
 Grandes ventajas adquiere,
 Pero Fernando Ramírez,
 El Jefe del Gabinete,
 Pone coto á sus avances
 Y se apercibe prudente
 Que Raouset hacerse dueño
 De la Arizona pretende;
 Y ya audaz y ya sumiso,
 A la sombra de las leyes,
 Mutilar el territorio
 A título de más fuerte

III.

DESEMBARCO.—MARCHAS.—DESOBEDIENCIAS.—COMBATE.

Ya valido del engaño,
 Ya confiándose á los hechos,

Hizo de Raouset el Conde
 Su desembarco soberbio,
 Con hombres á su servicio,
 Que eran menos de doscientos.
 El General Miguel Blanco
 Consintió con desacuerdo
 En el desembarque extraño,
 Pero insistió firme y recto
 En sujetar á las leyes
 Obedeciendo al gobierno,
 A la tropa que llegaba
 A guisa de aventureros,
 Invocando de negocios
 Unos firmados convenios.
 Quejóse Raouset del clima,
 Protestó acatar sincero
 Las órdenes que le diesen
 Y seguir los derroteros
 Que Blanco le prescribiese.

A su salida del puerto
 Ures, Arispe, el camino
 De Santa Cruz prescribieron
 A los soldados intrusos,
 Pero ellos mordiendo freno
 Vieron órdenes de mando
 Y amenazas con desprecio.
 Alto, les marcaba Blanco,
 Ellos sordos prosiguieron
 Hasta estar en la Arizona,
 Como de la tierra dueños.
 Entonces á combatirlos
 Blanco, se apresta violento,
 Ellos marchan arrogantes
 Y furiosos á su encuentro,
 Cual teniendo de su parte
 La conciencia del derecho.
 Avístanse en Hermosillo
 Mexicanos y extranjeros
 Y en sus plazas y en sus calles
 Se opera el choque sangriento.
 Si eran valientes los galos,
 Eran valientes los nuestros,
 Y la victoria indecisa
 Vaciló por algún tiempo

A quien dejar sus laureles.
 Entre heridos y entre muertos
 Aislado quedóse un grupo
 Al vencedor resistiendo
 En una humilde casuca
 Casi arruinada y sin techo,
 Allí el teniente Borunda
 De heroico valor modelo,
 Herido pero matando,
 Hizo el postrimer esfuerzo.
 Matadle, gritan algunos,
 En ira y rencor ardiendo.
 Eso no! Raouset exclama:
 A los valientes respeto,
 Ese hombre me pertenece,
 A ese hombre yo le protejo.
 Sigue la marcha muy pronto
 Se organizan los dispersos,
 La venganza los anima,
 La rabia les presta aliento,
 Y triunfo brillante anuncian
 Su actitud y su denuedo;
 En la llanura de Avispas
 Se hallan para la lid prestos
 Los que á Raouset acompañan
 Con su brazo y con su aliento.
 A la lucha se preparan
 Blanco y los soldados nuestros:
 Ellos la hacienda del Tigre
 Tienen cual fuerte y cual centro,
 Nosotros en la llanura
 Pusimos el campamento.
 Ya tocaron generala,
 Comienza terrible el fuego
 Y el ímpetu de las tropas
 Y al grito de ¡Viva México!
 Los filibusteros tiemblan.
 Hace Raouset vano esfuerzo
 Y rugiendo de coraje
 Y aterrado de despecho,
 Sobre el muro de la hacienda
 Enarbola blanco lienzo
 Y capitula rendido,
 Y ofrece salir del puerto.

IV.

CONCLUSION.

Era el 4 de Noviembre
 Del año cincuenta y dos,
 El que presenció el reembarque
 Del buen Raouset de Boulbon,
 Después que ante un Santo Cristo
 Juró con grande emoción
 Dejar en paz esta tierra
 Que tan audaz invadió.

SEGUNDA PARTE DE LAS AVENTURAS EN SONORA,
 DEL CONDE RAOUSET DE BOULBON.

I.

1853.

Gobernaba nuestra tierra,
 Santa Anna el incorregible,
 Deidad de los matasietes,
 Y la canalla belitre,
 De tahures y galleros
 Amparo y varón insigne
 Y á los que á la vida airada
 Se entregan en vuelo libre.
 Refrescaba su gobierno,
 Goces les daba y tomines,
 Contradicción era el alma
 De su dictadura triste,
 En que mezclaba el destino
 Lo trágico con los chistes
 Del manto de Guadalupe,
 De próceres y de mites,
 En que su Alteza ostentaba
 Sus pretensiones risibles;
 Los clérigos lo adoraban,
 Y ricos hubo felices

Con servirle de lacayos,
 En saraos y convites,
 Y viento en popa giraban
 Los desafortados buitres
 Que con traje de negocios
 Infames votos revisten.
 Entre ellos aparecióse
 Como Señor de altos timbres
 El Raouset Boulbon famoso
 Que otro Romance describe;
 Quiere ver al Gran Santa Anna,
 Quien afable le recibe
 Y expone que su conducta
 Fue contra Arista en desquite
 Y en partir para Sonora
 Según su convenio insiste.
 Era el noble conde, zorro,
 El dictador era lince,
 Y nunca acontece el hecho
 De que dos *leznas* se piquen.
 El Conde trazaba planes,
 Santa Anna colonos pide,
 Y el mapa de la Sonora,
 Con muy acértados tintes,
 Formado por García Cubas,
 Es el primero que existe.
 Examinando intereses
 Sagaz Santa Anna percibe
 Que era el Conde ave de presa,
 Y con halago indecible
 De coronel las divisas
 Le ofrece para servirse
 De sus brillantes talentos
 En sus elevados fines.
 El Conde grato y meloso,
 Siente en su amor propio el quite
 Y desapareció en silencio
 Sin dejar rastro visible.

II.

LA INVASION.

Alumbraba el sol de Julio
 Por trece veces la tierra,

El año cincuenta y cuatro,
 Según dice la leyenda,
 Cuando en el puerto de Guaymas
 Se oyen voces y carreras,
 En el fortín dan al viento
 Alaridos las trompetas
 Y en el aire se respira
 Terrible pasión de guerra.....
 Es que nave de piratas
 Sin fórmula ni bandera
 Vomitando aventureros
 Toca atrevida la tierra.
 Mandaba el General Yáñez
 Nuestras mexicanas fuerzas
 Y dictó disposiciones
 Con acierto y entereza.
 Quiere ver al que acaudilla
 Aquella chusma extranjera,
 Y era de Boulbón el conde
 Que reunido á la caterva
 Que se quedó con engaños
 Desde la invasión primera.
 Más que rogarle le intima
 Que á sus designios acceda
 Y que Yáñez con enojo
 Le reprende y le desecha;
 Entonces Boulbon, furioso,
 Actitud cobra resuelta
 Y plaza y calles se tornan
 En un campo de pelea.
 Eran las dos de la tarde
 Cuando la tropa soberbia
 De piratas desalmados
 Alzó en alto sus banderas,
 Las unas eran de cuadros
 Y listas blancas y negras,
 Otras, rayas amarillas
 Sobre centro negro ostentan,
 Y otras centro azul de cielo
 Al agitarse despliegan;
 Todo era raro, grotesco,
 Pero la tropa era experta
 Y formidable se lanza
 En grupos con furia intensa
 Donde Yáñez combinaba

Su ataque y su resistencia.
 El muelle, el fortín famoso,
 Las cercanas azoteas,
 El alto hotel de Sonora,
 La cárcel que se ve cerca
 Como la casa de Díaz,
 Están al combate prestas.
 A la vez, como por magia,
 Todos los fuertes se incendian
 Y cada casa es teatro
 De tremebundas escenas;
 En el fortín corre sangre,
 Y Alvarez muriendo aterra
 A sus mismos vencedores
 Que ardiendo á su jefe vengan;
 En la calle lucha Espino
 Que heridos y muertos riega
 Y alienta á los que en la altura
 Su heroico porte celebran,
 Palomares en la cárcel
 Presos y tropas congrega,
 Mata, devora, destroza
 La falange que le cerca,
 Le celebra de su triunfo
 Anticipando las señas;
 Raouset para mejor causa
 Debió reservar su diestra,
 Era un genio, era un Aquiles
 Y al levantar su cabeza
 Entre el humo y la metralla
 Y al fragor de la contienda
 Algunos, menos valientes
 Que los nuestros, con sorpresa
 Le llamaron invencible,
 Por inmortal le tuvieran;
 Mas Yáñez era más grande
 Porque con frente serena
 Allí do el peligro estaba
 Su espada fiel centellea
 Comunicando atractivo
 Su heroismo á la muerte *mesma*.
 Los franceses, furibundos,
 En el hotel se repliegan,
 Los mexicanos asaltan
 Y puerta y muros aterran,

Se ve que el fortín vacila,
 Allí con ímpetu llegan,
 Mas Ramírez Arellano
 Con arranque de pantera
 Se abre paso con su espada,
 Lo perdido recupera,
 Y la fortuna le ofrece
 Lauros que la Historia muestra
 En el templo de la gloria
 Que reverente conserva.
 Antes de expirar el día
 Sonó al fin la hora suprema
 Que digno castigo impuso
 A la invasión extranjera.

III

CONCLUSIÓN.

El cuartel de los piratas,
 Postrer atrincheramiento
 Do centuplicaba el conde
 Con su presencia el esfuerzo,
 Sucumbe al fin y resuenan
 Con entusiasmo supremo
 Entre repiques y dianas
 Los gritos de ¡Viva México!
 ¡Oh, quién pudiera este instante
 Consagrar renombre eterno
 A los que están á la sombra
 Del olvido y el silencio;
 Pesqueira que en el asalto
 Hizo prodigios con Prieto,
 Y los héroes ignorados
 De que se perdió el recuerdo!
 Tras el cuartel se percibe
 A Boulbon que va sereno
 Con la espada ensangrentada,
 En desorden el cabello,
 Sus ojos brotando llamas,
 El paso grave é incierto,
 Como en espera de un choque
 Para morir combatiendo.

Se lanza á él Miguel Gutiérrez
 Y le persigue violento
 Por Martinou apoyado
 Que era de niños maestro
 Y de repente se trueca
 En formidable guerrero;
 Al fin á Boulbon aprehenden,
 Al fin le conducen preso,
 Y con digna compostura
 Marcha reposado y quieto.
 A Raouset se forma causa,
 Lo propio á sus compañeros
 A quienes con vida deja
 Yáñez, compasivo y bueno;
 Su defensor nombra el conde
 A Borunda, aquel mancebo
 De quien defendió la vida
 En la lid en otro tiempo;
 El proceso se prosigue,
 Se acerca el fatal momento,
 Un padre pide á sus guardias
 Con instancia el noble reo,
 Y le asiste diligente
 Y afectuoso el padre Oviedo.

Erase el doce de Agosto
 Está silencioso el puerto,
 Semejante al camposanto
 En que reposan los muertos.
 En la plaza cual de estatuas
 Se miran grupos diversos
 Y hay un cuadro de soldados
 Que predice algo funesto.
 De pronto se abren las filas
 Y á Raouset se ve en el centro
 Sin jactancia pero erguido,
 Dulce el mirar, alto el cuello,
 Un hermoso crucifijo
 Contra su pecho oprimiendo;
 La corneta atención clama,
 Estalla terrible el trueno,
 Y al alzarse levemente
 Al éter el humo negro,
 Se vió tendido en la tierra
 Al famoso aventurero.

Ni á Yáñez, ni á sus valientes
 Otorgó Santa Anna premio;
 Pero nuestra patria historia
 Guardó sus heroicos hechos
 Para dar en lo futuro
 A nuestros hijos ejemplo.

Junio 14 de 96.